

Teatro biológico

Francisco Jota-Pérez



La luna creciente se pone y deja un sonido. La sustracción
de los procesos de encarcelamiento, comercio y banalización de la vida no humana,
un balido, un gruñido de pasmo, un cacareo que cifra el pico, la pata,
pluma, pelo, pezuña, escama,
heces, alambre, vómito y (por supuesto) la sangre. Reconocidos legalmente solo
como objetos de propiedad, decaen. Dichos por nadie.

Si abogo por ellos, el hueco entre las articulaciones forzadas prende, duele a la vista,
aquella sangre se vuelve blanco estrella, oxigenada, y cubre el suelo del matadero
y es la alfombra de ídolos sostenidos sobre estructuras disipativas, sus dedos señalan
y son lo único observado, con delectación necrófaga,
al rechazar el contacto se purga la diferencia, sublima en rechazo. Y los digo,
rechazándome, contener su odio no tiene por qué equivaler a una forma de amor.

Un pase mágico. Traduzco la mueca de horror impresa en el envoltorio, trato de atender al vidrio
en los ojos del gato, la esquirla en la lengua del cachorro,

«No se trata de que algunas criaturas sean más maravillosas o admirables *en sí* (es decir,
contempladas desde un punto de vista desapegado cualquiera en algún lugar del universo) como,
posiblemente, creía Aristóteles, sino que el nivel de complejidad de una criatura influye en lo que
puede constituir un daño para ella y lo que no»

(¿recuerdas la espina hundida en la almohadilla
o el cuerno rasgando la arteria femoral? ¿Recuerdas el arañazo?
¿Qué dibujo mantiene la cicatriz de la mordedura?)

La costra de pus bajo el crotal y el hongo en las branquias.

Mediodía. Hierba laxante crece tras las chimeneas de los hornos, retoma espacios seguros,
la atención se entrega a estrategias de disimulado, amaina el frío y la primavera
impone sus lógicas del desembarrancar los olores que traen a escena otros vertidos
del vivir, los asuntos de los oprimidos, *heridos, hambrientos, ateridos,*

la abstinencia me arranca las feas vendas de trueno de la civilización,
debajo está el almizcle, mi almizcle, que se confunde con una jalea
que ya no bebo, la entraña última se ha suavizado un tanto, infiltrada de mí,
el trino desde las ramas más altas ha cambiado de tono y frecuencia,
los motores, bajo tierra, configuran raros estratos a los que adaptarme,

lo que se equilibra tiende cada vez menos a centrarme donde ruedas de molino adversas
antes secaban la pertenencia a lo que simulaba ser yo (¿recuerdas?)

«Dado que cada ser con intereses posee un *télos* que busca actualizar (una naturaleza, una función,
un juego de actividades intrínsecas para él, determinadas por la evolución e impresas
genéticamente), debemos dejar que todo individuo pueda autorrealizarse haciéndolo, siendo así
además como nuestra propia autorrealización tendría lugar»

se actualiza la mezcla, incondicional, los encuentros, quién se alía,
quién determina una esencia paritaria.

Sol púrpura en ocaso. Un valor se añade a la tiniebla que va a perdurar sobre la expresión
de la destrucción de la economía, no de su aprovechamiento,
mientras esta se sustenta en lo deplorable,
lo repulsivo en la negación del reconocimiento entre iguales,
otra vez señalado, otro golpe en la frente, impermeable a la acción bajo los focos,

llega un aplauso en pie, el carnicero entrechoca sus cuchillos favoritos y la pescatera mastica
una aleta cruda,
aplauden de espaldas, el patio de butacas se ha vuelto del revés,
toda compasión hacia los actores, hinchada, insoportable, revienta.